
El Dios de la alegría y la alegría de los cristianos

José María Castillo

La teología del “valle de lágrimas”

La teología cristiana se ha ocupado más del sufrimiento que de la alegría. Y se ha preocupado más por las situaciones duras y costosas de la vida que por lo que nos proporciona felicidad, bienestar y satisfacción. En buena medida, se puede asegurar que a los teólogos les ha interesado más la muerte que la vida. Y aunque es cierto que, en los escritos teológicos, se habla con frecuencia de la vida, el hecho es que la teología y la liturgia dan la impresión de que la vida que interesa es la “otra” vida, no “esta” vida. Más aún, todos sabemos que en las iglesias se habla con frecuencia de la renuncia al placer, la mortificación del bienestar, la austeridad, la mortificación, el aguante y la resignación, mientras que apenas se escucha algo que impulse a la gente a procurar ser felices, gozar de todo lo bueno que Dios ha puesto en el mundo y en la vida, disfrutar de lo placentero, lo sensible, lo corporal. Sin duda alguna, la moral, la espiritualidad, la simple presencia de lo religioso le causa fastidio a mucha gente. Y, por supuesto, es infrecuente encontrar personas que espontáneamente asocien a Dios y a la Religión con la alegría de vivir y, en general, con todo lo que nos hace sentirnos más felices.

¿Por qué ocurre esto? ¿Cómo se explica que quienes hablan de Dios y los representantes oficiales de la religión hayan orga-

José María Castillo (Granada) es Profesor de Teología.

nizado el discurso religioso de manera que tal discurso produce respeto, impresión o disgusto, pero casi nunca alegría, satisfacción y bienestar? Y lo malo que tiene todo esto es que la gente, como es lógico, lo que quiere es pasarlo bien en esta vida o, por lo menos, no vivir como unos desgraciados. Pero el hecho es que las cosas de la religión se han venido a organizar de manera que, cuando se trata de pasarlo bien, lo que menos se le ocurre a la mayoría de la gente es meterse en una iglesia o entrar en un convento. Es más, en muchos ambientes, la presencia de un clérigo, o de una persona “muy piadosa”, es lo mismo que la presencia de un “aguafiestas”: a lo mejor, hay que cambiar de conversación, moderar las palabras, “portarse bien”. Lo cual indica, a todas luces, hasta qué punto Dios y la Religión parece que andan allá por donde están los antípodas de la alegría. Repito, ¿por qué pasa esto?

Lo “divino” y lo “humano”

Seguramente, la primera respuesta, que hay que buscar para todo lo que acabo de apuntar, está en una equivocación que muy pronto se empezó a insinuar en los escritos de los teólogos cristianos. Una equivocación que, con el paso del tiempo, tomó cuerpo y llegó a constituirse en un sólido pilar de las especulaciones de los “hombres de iglesia”. Me refiero a la separación entre lo “divino” y lo “humano”.

Esta separación, hasta cierto punto, es comprensible y a los cristianos les pareció lo más razonable del mundo. Porque, a fin de cuentas, si Dios es Dios y el hombre es el hombre, parece enteramente lógico que lo divino y lo humano no se pueden confundir y, por tanto, cada cosa se tiene que mantener en su sitio. Además, para complicar más todo este asunto, a los escritores eclesiásticos se les ocurrió una cosa que, en principio, pareció lo más estupendo que se podía decir sobre el tema, pero que enseguida veremos las complicaciones que acarreó. Se trata de que hubo quienes pensaron que, para ponderar y enaltecer más lo que Dios nos quiere y lo que le debemos a Dios, nosotros, las

criaturas, fuimos creados en estado de “naturaleza pura”, una expresión que se inventó santo Tomás de Aquino, para indicar que lo propio del ser humano es lo puramente humano, despojado de todo lo que sea o se pueda considerar divino. Luego –según esta elucubración teológica– Dios nos quiso tanto que nos habría concedido los dones sobrenaturales, su gracia, su amistad y hasta su vida.

Todo esto, a primera vista, es muy hermoso. Y a los teólogos les fascinó esta idea durante siglos. Lo que pasa es que, si este asunto se piensa despacio, pronto se descubre que semejante discurso es una pura falacia. Por una razón muy sencilla, a saber: porque la llamada “naturaleza pura” no ha existido jamás. Y no ha existido nunca por-

que Dios no nos hizo así. El autor de la carta a los colosenses dice una cosa impresionante, al hablar precisamente de la creación. Refiriéndose a Cristo, dice que “él es modelo y fin del universo creado; él es antes que todo y el universo tiene en él su consistencia” (Col 1, 17). O sea, nosotros fuimos creados “en Cristo y para Cristo”. Lo cual quiere decir que, desde el primer instante, todo lo que existe, todo lo humano, arranca de Cristo y está orientado a Cristo. En otras palabras, arranca de lo divino y está orientado a lo divino. ¿Qué sentido tiene, entonces, hablar de lo *puramente humano*, como despojado y contrapuesto a lo *propriamente divino*?

La separación entre lo divino y lo humano es una antigua y perniciosa equivocación

No hace falta, por tanto, dar un rodeo, afirmando primero la existencia de lo simplemente humano (la “naturaleza pura”), para luego terminar diciendo que Dios nos revistió con lo divino. La naturaleza humana habría sido así elevada a la condición divina. Se separa lo humano de lo divino. Para que lo divino resplandezca sobre lo humano.

No hace falta, por tanto, dar un rodeo, afirmando primero la existencia de lo simplemente humano (la “naturaleza pura”), para luego terminar diciendo que Dios nos revistió con lo divino. La naturaleza humana habría sido así elevada a la condición divina. Se separa lo humano de lo divino. Para que lo divino resplandezca sobre lo humano.

Y lo peor del caso es que todo esto ha tenido consecuencias funestas para la vida concreta de la gente. Porque esta complicada disquisición se aplicó a las cosas y situaciones de la vida corriente. Y de todo esto se sacaron conclusiones desastrosas. Por ejemplo: rezar es divino, trabajar es humano; sufrir es divino, reír es humano; pasarlo mal nos acerca a Dios (debe ser divino), pasarlo bien nos acerca al mundo (debe ser humano). Y así sucesivamente. De esta manera se puso la primera piedra de una iglesia y de una religión deshumanizada y deshumanizadora, en la que a muchas personas les resulta insoportable vivir con paz y dignidad.

Lo “divino” contra lo “humano”

Pero la cosa no paró en lo que acabo de explicar. Porque, para terminar de complicar todo este embrollo, el relato del pecado de Adán se ha leído en la Iglesia como un *relato histórico* y no como lo que realmente es, un relato mítico. Según esta manera de entender el relato, los teólogos han enseñado (durante siglos) a la gente que Adán fue un hombre al que Dios le concedió dones sobrenaturales (la gracia y la vida divina) y sobrehumanos (la felicidad del paraíso y la inmortalidad). Pero Adán, seducido por la mujer, Eva, desobedeció a Dios y pecó contra Él. Lo que le acarrió, a él y a todos sus descendientes (la humanidad entera), no sólo perder los dones sobrenaturales y los dones sobrehumanos, sino algo peor todavía: el pecado de Adán (denominado “pecado original”) supuso una perversión tal, que por eso *la condición humana está degradada* y se ve arrastrada, por la “concupiscencia”, a todas las maldades y a todas las desgracias que han convertido este mundo en un auténtico “valle de lágrimas”. A partir de entonces, lo “divino” está, no sólo separado y alejado de lo “humano”, sino lo que es peor aún: lo “divino” está *enfrentado y enemistado* con lo “humano”. De ahí, el Dios irritado, ofendido y enfurecido por la maldad y los pecados de los hombres. Un tema de la predicación eclesial, que ha sido ampliamente utilizado en los sermones y en las catequesis que el pueblo cris-

tiano ha escuchado con paciencia (y a veces con terror), de manera que todas las desgracias acaecidas en este mundo, han sido presentadas, por los predicadores, como castigos que Dios nos manda por causa de nuestras maldades y de nuestros pecados.

Aquí es indispensable indicar que, tal como hoy se conoce la evolución de los seres vivientes y los orígenes de la humanidad, ni Adán existió, ni por tanto cometió pecado alguno. Ni ese pecado, en consecuencia, pudo ser heredado por los descendientes de Adán. ¿Qué es,

entonces, eso que los teólogos llaman el “pecado original”? No es, ni más ni menos, que la limitación propia de la condición humana, con las

inclinaciones que todos tenemos al egoísmo, al orgullo, a la ambición, a la envidia, al odio y a todo lo inhumano que los humanos llevamos dentro de nosotros mismos.

Esto supuesto, el relato de Adán y Eva en el paraíso, con todo lo de la serpiente y el pecado aquél que cometieron al comer del árbol prohibido, no es más que uno de los grandes mitos, que elaboraron las culturas antiguas para intentar dar respuesta a una pregunta que ha inquietado a las gentes de todos los tiempos: ¿quién tiene la culpa de tanto mal y de tanto sufrimiento como hay en este mundo? Esa culpa, ¿la tiene Dios o la tiene el hombre? La intención del mito de Adán es muy clara: el responsable del mal que hay en este mundo no es Dios, es el hombre. O sea: para exculpar a Dios, se culpa al hombre. Eso —y nada más que eso—, es lo que quiere decir el mito de Adán y Eva en el paraíso, con el remate final de la serpiente, el pecado y la maldición divina.

Lo que ha pasado es que, para desgracia nuestra, el relato de Adán dio pie para sacar de él, no sólo que el responsable de los

**Ni Adán existió ni cometió
pecado alguno. Lo que se
llama “pecado original”
es la limitación propia
de la condición humana**

males del mundo es el hombre, sino además que *Dios está ofendido, Dios está irritado, indignado contra nosotros*, los culpables de tanto mal y de tanta desgracia. De donde se llegó a la última y peor de todas las consecuencias: lo “divino” está, no solamente *alejado* de lo “humano”, sino sobre todo está *en contra* de lo “humano”, especialmente de aquellos ámbitos o porciones de lo humano que se han considerado más cargados de “concupiscencia”, concretamente la sexualidad y todo lo que dice relación al placer, el bienestar, la felicidad, la alegría o simplemente el hecho de pasarlo bien en esta vida.

Cuando estas ideas entraron en contacto con la cultura de los helenistas, una cultura que, como es sabido, mostraba un notable desprecio por

el cuerpo y la materia para enaltecer el alma y el espíritu, ocurrió que las interpretaciones sobre el pecado de Adán y sus consecuencias

Una cultura helenista, fanáticamente “puritana”, invadió la teología de los padres de la Iglesia

se vieron reforzadas por una mentalidad casi fanáticamente “puritana”, que invadió la teología de los padres de la Iglesia y dejó su marca, con “denominación de origen”, en la espiritualidad y en la moral que se han enseñado durante siglos y se siguen enseñando en determinados ambientes eclesiásticos. Lo cual explica las contradicciones que cualquiera advierte en las enseñanzas y en las prácticas de las autoridades eclesiásticas y de muchos cristianos. Porque es un hecho que, por ejemplo, la moral católica es sumamente rigurosa en todo lo relacionado con el sexo, mientras que es demasiado permisiva en cuestiones que tienen que ver con la búsqueda y uso del poder o en asuntos de dinero. En cualquier caso, las personas que frecuentan las iglesias, los conventos y las casas de retiro y oración saben de sobra hasta qué punto las plegarias de la liturgia católica, los

libros de espiritualidad y las vidas de los santos repiten constantemente y de mil maneras que lo importante es pensar en la otra vida y no dar importancia a los asuntos de esta vida, apetecer los bienes del otro mundo, despreciar los bienes de la tierra y anhelar los del cielo, mortificarse en las cosas placenteras y agradables, negarse los gustos y aceptar con paciencia los disgustos. Y así sucesivamente. Es evidente que una religión así, difícilmente puede entusiasmar a personas normales y corrientes que, como es lógico, desean simplemente vivir con paz y felicidad en este mundo.

La “divinización” del sufrimiento y la muerte

Pero aún no hemos llegado al punto más delicado (y también el más desagradable) en el análisis del problema que representa para el cristianismo el tema de la alegría y, en general, el tema de la felicidad. Porque la solución, que la tradición cristiana le ha dado al problema del pecado, ha consistido en interpretar y explicar el sufrimiento y la muerte de Cristo como el medio que Dios escogió para salvarnos, a nosotros, las mujeres y los hombres pecadores, de la condenación. Por eso, *el hecho histórico*, o sea lo que ocurrió en la vida y en la condena a muerte de aquel judío que fue Jesús de Nazaret, recibió una *interpretación teológica* según la cual la pasión y la muerte de Jesús fueron la realización del plan de salvación que Dios había trazado para redimir a quienes estábamos esclavizados por el pecado. Esta “interpretación” tenía una gran *ventaja*: en la cultura de aquel tiempo, un hombre que había muerto colgado de una cruz no podía ser presentado como el Hijo de Dios y el Mesías, cosa que quedaba resuelta desde el momento en que se le decía a la gente que la muerte de Jesús había sido dispuesta por Dios. Pero aquella “interpretación” tenía también un enorme *inconveniente*: el peligro de que todo aquello se entendiera en el sentido de que Dios quiere el dolor, el sufrimiento y la muerte. Es verdad que a los cristianos se les ha dicho mil veces que el sufrimiento y la muerte de Cristo fueron la expresión más grande de generosidad y

amor por parte de Dios y por parte de Jesús. Pero no es menos cierto que todo eso entrañaba el peligro de que la pasión y la muerte se entendieran y se explicaran en un sentido perverso, a saber: en el sentido que obviamente tiene el “sacrificio” en todas las religiones. Es decir, el “sacrificio” como acto por el que se mata una vida, de manera que el derramamiento de la sangre viene a ser un acto religioso, una acción que agrada a la divinidad y restablece la amistad entre Dios y los seres humanos.

El hecho es que, por más que el Nuevo Testamento diga que la muerte de Cristo es el resultado del amor que Dios nos tiene (Rom 5, 8) y que Jesús vino al mundo por lo mucho que Dios nos quiere (Jn 3, 16), la verdad es que no tardó en imponerse la idea según la cual el sufrimiento y la muerte de Jesús nos demuestran que Dios necesita el dolor y la sangre, empezando por el dolor y la sangre de su propio Hijo, para aplacarse en su indignación contra los que le hemos ofendido y le ofendemos constantemente. En esto consiste –dicho en pocas palabras– la

No es verdad que Dios necesite el dolor y la sangre para aplacar su ira por nuestros pecados

teoría de la “satisfacción” que, en el siglo XI, desarrolló ampliamente san Anselmo de Canterbury. Una teoría que, aunque no es cosa de fe,

se ha predicado y se sigue predicando, de distintas formas y con bastante frecuencia, al pueblo cristiano.

Pero, es claro, semejante teoría entraña una enseñanza que impresiona a cualquiera. Porque, en definitiva, con esa teoría se nos viene a decir que lo que más nos acerca a Dios y, por lo visto, lo que más le gusta a Dios es el sufrimiento humano, empezando por el sufrimiento y hasta la misma muerte de su propio Hijo. Este convencimiento, auténticamente esperpéntico, está presente en muchos, muchísimos, libros de espiritualidad cristiana. Por ejemplo, en la *Imitación de Cristo*, de Tomás de

Kempis, se dice: “Si hubiera algo mejor y más útil, para el hombre, que sufrir, Jesucristo nos lo habría enseñado con sus palabras y con su ejemplo... Cuando llegues a encontrar el sufrimiento dulce y amarlo por Jesucristo, entonces considérate dichoso porque has encontrado el paraíso en la tierra” (II, 12). Esta manera de pensar se le ha predicado a los fieles casi machaconamente. De manera que se ha llegado a crear una especie de “mística del sufrimiento” que, a cualquier individuo que no sea un masoquista necesitado de siquiatria, le tiene que resultar insostenible. Lo que pasa es que aquí nos tropezamos con algo muy extraño. Porque yo no sé que ocurre en este orden de cosas, pero el hecho es que la gente oye decir que cuanto más sufrimos y peor lo pasamos, más nos acercamos a Dios, y casi todo el mundo ve eso como la cosa más lógica y más natural.

Como es lógico, las consecuencias que se siguen de todo este razonamiento, son de auténtico desastre. Porque, en primer lugar, de todo eso se desprende una imagen de Dios que es un verdadero disparate. Se trata del Dios a quien, por lo visto, le gusta que sus hijos lo pasen mal. Y se complace en el dolor, las humillaciones, el sufrimiento y hasta la muerte de los seres humanos. Esto ya es muy grave. Porque, ¿quién puede creer en semejante Dios? Por otra parte, en segundo lugar, de lo que acabo de explicar se sigue también, y de manera inevitable, un cristianismo de gentes resignadas y una Iglesia en la que sólo se pueden encontrar, como en su casa, las personas que tienen que renunciar a la aspiración más normal que tiene todo ser humano normal, la aspiración a vivir en paz, a ser feliz y a disfrutar de una razonable alegría en esta vida.

Sin duda alguna, una religión que “diviniza” el sufrimiento y la muerte no tiene más remedio que ir por el mundo diciéndole a la gente que pongan su esperanza en la “otra” vida. Porque en “ésta” vida, la única solución que nos queda (si es que tomamos en serio lo que se nos predica en los templos) es el aguante y la paciencia, la resignación y la fuerza de voluntad necesarias para privarse de tantas cosas que nos hacen felices, nos producen

alegría o simplemente nos hacen pasar un buen rato. Así de simple. Y así de duro también es el mensaje que entraña el cristianismo “al uso”, que se sigue difundiendo por ahí, con un entusiasmo digno de mejor causa.

No poner parches

Ocurre con frecuencia que, cuando se plantean, con claridad y crudeza, las no pocas dificultades que presenta la religión, la fe y, en general, el cristianismo “al uso” para ser felices y vivir con verdadera alegría, se echa mano de soluciones y respuestas que, en el fondo, no pasan de ser meros parches o remiendos en una tela que está pasada y vieja. Y que, en consecuencia, no aguanta semejante solución de compromiso. Entonces, la pretendida solución no viene sino a poner las cosas peor que estaban. Como sabemos, este punto de vista aparece ya en el Evangelio, cuando Jesús defendió a sus discípulos porque no ayunaban en los días que mandaba la ley religiosa, como lo hacían los fariseos observantes y los discípulos de Juan Bautista (Mc 2, 18-22 par).

Cuando hablo de parches o remiendos, me refiero a soluciones tales como recurrir a la esperanza que nos proporciona la fe, la certeza de salvación que tenemos en Jesucristo, la tranquilidad de la buena conciencia, la felicidad que proporciona la vida de fe compartida con otros creyentes, etcétera, etcétera. Por supuesto, todo eso es verdad. Y todo eso es fuente de felicidad, sobre todo la esperanza que tenemos los creyentes en Jesús, el Señor. Una esperanza que nos dice que esta vida tiene sentido, por más duras y difíciles que sean las situaciones que tenemos que soportar. Es evidente que una persona sin fe no puede tener una esperanza que le dé sentido total y pleno a su vida. Y esto, como es lógico, es fuente de felicidad y ayuda decisivamente a sentirse bien en este mundo.

Todo esto no admite discusión, me parece a mí. Pero, tan cierto como eso, es que con todos esos argumentos no resolvemos el problema de la alegría. Porque no es lo mismo *tener esperanza* que *tener alegría*. La esperanza da sentido a la vida y

resuelve la cuestión más radical de la vida humana. Pero la esperanza y hasta el sentido de la vida no son lo mismo que la alegría. Es más, ocurre a veces que el esfuerzo por mantener la esperanza puede llevar consigo un coste muy serio de sufrimiento y de renuncia. Y entonces nos damos de frente con las aristas afiladas que nos presenta, en esta vida, el serio problema que consiste en armonizar la fe en Dios (tal como se nos ha explicado muchas veces) con la alegría a la que tiene derecho todo ser humano. ¿Cómo resolver este problema?

No hay más remedio que ir derechamente al fondo mismo de la cuestión que aquí estamos intentado resolver. Y ese fondo no es otro que *el concepto y la experiencia que cada uno tiene de Dios*. Porque ahí es donde radica el verdadero problema. Según sea el concepto y la experiencia que cada cual tiene de Dios, así será su vida cristiana, concretamente en cuanto se refiere y afecta a la alegría que se disfruta o, por el contrario, a la tristeza que se soporta, por más que a esa tristeza le pongamos el piadoso nombre de “resignación cristiana”. Hay gente que tiene su fe puesta en un Dios que no da de Sí nada más que para que sus adeptos alcancen (si es que pueden) una dosis aceptable de resignación y aguante en este valle de lágrimas. Y hay creyentes cuyo Dios es una fuente incesante de alegría y hasta de ilusión, incluso en las peores situaciones de la vida. Por eso se puede afirmar, con toda seguridad, que el *Dios de la alegría* es la razón de ser de la *alegría de los cristianos*.

El peligro de mezclar lo nuevo con lo viejo

El prólogo del evangelio de Juan termina diciendo: “A Dios nadie lo ha visto jamás; el Hijo único... es quien nos lo ha dado a conocer” (Jn 1, 18). Decir que “a Dios nadie le ha visto jamás”, es lo mismo que afirmar que Dios no está a nuestro alcance. O sea, que Dios es el Trascendente, el que trasciende toda posibilidad nuestra de conocimiento y de comprensión. Por otra parte, decir que ha sido el Hijo único del Padre “quien nos lo ha dado a conocer”, es lo mismo que afirmar que los cristianos podemos

conocer de Dios lo que Jesús nos ha enseñado (y nos enseña constantemente) sobre ese Dios. En el fondo, es exactamente lo mismo que el propio Jesús dijo: “al Padre lo conoce sólo el Hijo y aquél a quien el Hijo se lo quiere revelar” (Mt 11, 27). Sólo podemos saber de Dios lo que en Jesús aprendemos sobre Dios.

Seguramente, hasta esta conclusión llega la citada sentencia de Jesús sobre el remiendo del paño nuevo en la tela pasada y sobre el peligro que entraña echar un vino nuevo en odres viejos (Mc 2, 21-22). Esas palabras de Jesús no se refieren sólo a la casuística concreta del ayuno. Hay en esa afirmación del Evangelio algo indeciblemente más profundo y más desconcertante. Algo que difícilmente nos entra en la cabeza. El mismo Jesús dijo que “la Ley y los Profetas llegaron hasta Juan; desde

entonces se anuncia el Reino de Dios” (Lc 16, 16). Es decir, Juan Bautista es la línea divisoria, que marca un antes y un después. Antes,

No se suele entender bien la radical novedad que Jesús nos aporta para el conocimiento de Dios

la Ley y los Profetas; después, el Reino de Dios. Como es lógico, la Ley y los Profetas se refieren a normas, usos y prácticas como el ayuno. Pero no sólo a eso. Si de algo nos hablan la Ley y los Profetas, es de Dios. Lo cual quiere decir que, a partir de Juan Bautista, nuestro conocimiento y nuestra experiencia de Dios quedaron radicalmente modificados. Pensar que nuestro Dios sigue siendo el Dios de la Ley y los Profetas (el Dios del Antiguo Testamento), por más que lo “mejoremos” y hasta lo “maquilemos” con las enseñanzas evangélicas que hablan de la bondad y la misericordia, es no entender lo que significa la radical novedad que representa el conocimiento que Jesús nos aporta sobre Dios. O dicho de otra manera, eso es tanto como poner remiendos de paño nuevo en una tela pasada o echar vino nuevo en odres viejos. Por desgracia, esto es lo que le pasa a mucha gente: sigue teniendo en su cabeza el Dios tremendo y amena-

zante, que aparece en no pocos textos del Antiguo Testamento. Por supuesto, a esa vieja imagen de Dios le ponen parches y remiendos de bondad paternalista y de misericordia evangélica. Pero el hecho es que con eso no resuelven el conflicto interior que muchos llevan dentro. Porque lo que en realidad han hecho ha sido verter el vino nuevo que nos trajo Jesús en el odre viejo de una tradición y de unas normas que ya no son nuestras. El resultado es, entonces, un “roto peor” (Mc 2, 21) o un “reventón de los odres” (Mc 2, 22). Exactamente, el desastre íntimo que arrastran tantos cristianos.

La humanización de Dios

Se suele decir que la radical novedad que Jesús nos trajo sobre el conocimiento de Dios está en que nos enseñó que *Dios es Padre*. Y eso es cierto. Efectivamente, Jesús le cambió el nombre a Dios. De manera que, como ya es bien conocido, el nombre propio de Dios, en el Nuevo Testamento, es “Padre”. Lo cual quiere decir que Jesús habló de Dios y presentó a Dios de una forma nueva y distinta, en relación al concepto de Dios que normalmente se utiliza en las tradiciones del Antiguo Testamento. Pero con eso, por mucho que se explique, no llegamos al fondo del asunto. Porque el Dios del que nos habla el Nuevo Testamento, es no sólo ni principalmente el Dios que es *Padre*, sino sobre todo el *Dios encarnado*. Es decir, el Dios *humanizado*. Estoy hablando, como sabe cualquier cristiano, del Dios que se nos dio a conocer y se reveló en aquel hombre que fue Jesús de Nazaret. ¿Qué significa esto?

Normalmente, el “misterio de la encarnación” se suele entender como el misterio de la *divinización* del hombre, en cuanto que en ese misterio se nos viene a decir que un hombre (Jesús de Nazaret) llegó a ser Hijo de Dios. Y eso es verdad. Pero lo que no se suele decir normalmente es que el “misterio de la encarnación” es el misterio de la *humanización* de Dios. Es decir, cuando hablamos de la encarnación de Dios, estamos afirmando que *Dios se ha fundido y confundido con lo humano*. Con todo lo que

es verdaderamente humano. Y, por tanto, cuando hablamos de la encarnación de Dios, afirmamos que tenemos nuestra fe puesta en un Dios que, por supuesto, conserva su personalidad y su alteridad. Pero que se nos da a conocer, se nos acerca y, por tanto, nosotros lo encontramos a Él en nuestra solidaridad y en nuestra identificación con todo lo que es verdaderamente humano, superando la deshumanización que todos llevamos incrustada en la sangre misma de nuestras experiencias más profundas.

Aquí ya no se trata sólo ni principalmente de que a Dios lo encontramos en la experiencia humana de lo que es un “padre”, el mejor de todos los padres. A fin de cuentas, la experiencia de relación con el “padre”, cuando es correcta, es una de las experiencias más fuertes y determinantes de la vida humana. Pero es sólo un sector de lo humano y no abarca a todo lo verdaderamente humano –por ejemplo, la experiencia “materna” queda fuera—. Sin embargo, cuando afirmamos que, en Jesús, *Dios se humanizó*, estamos diciendo que a Dios lo encontramos en *todo lo que es verdaderamente humano*. Más aún, estamos afirmando que ponemos nuestra fe en todo lo humano. Porque fuera de lo humano no es posible encontrar a Dios. Y, menos aún, en todo aquello que representa, de la manera que sea, una agresión a lo más entrañablemente humano que todos vivimos y sentimos en esta vida.

La alegría como experiencia de fe

Si Dios, a partir de la “encarnación”, se ha fundido y confundido con todo lo que es verdaderamente humano, resulta lógico afirmar que Dios se funde y se confunde con la experiencia humana del gozo y la alegría. Nos han educado en la fe de manera que hemos localizado las creencias religiosas en los limitados ámbitos de “lo sagrado” o también de “lo ético”, sobre todo cuando nuestros comportamientos éticos se traducen en la generosidad que lleva consigo la renuncia, el vencimiento de nuestros instintos humanos, de nuestros deseos y, en general de todo aquello que supone austeridad, sobriedad, sacrificio y

dolor. Pero seguramente a nadie se le ocurre pensar que se está relacionando con Dios cuando disfruta de un buen rato de gozo y alegría. Esto quiere decir que nuestra “formación” religiosa ha sido, en buena medida, una desafortunada “deformación”. Porque ha talado el frondoso árbol de la fe, de manera que en él ha dejado sólo las ramas y las hojas que nos resultan feas y desagradables, mientras que todo lo que nos gratifica y nos satisface (dentro de los límites de lo más profundamente humano) ha quedado relegado a lo que se tolera o se permite, pero no es meritorio ni ejemplar. Con lo cual estamos limitando la experiencia de Dios a lo más turbio y desagradable de la vida. Lo que es tanto como decir que hemos desplazado a Dios de lo más gozoso y feliz de nuestras vidas.

Es una “deformación religiosa” apartar a Dios de lo más gozoso y feliz de nuestras vidas

Si la cosa se piensa fríamente, el disparate resulta profundamente desagradable. Porque, en última instancia, lo que estamos diciendo con todo eso es que creemos en un Dios que está allí donde hay dolor, tristeza, sufrimiento y lágrimas. Mientras que no se busca donde la gente lo pasa bien, se encuentra bien, disfruta, ríe y se divierte. Es cierto que la pasión y la muerte es el relato central de los evangelios. Pero la pasión y la muerte no abarcan todo lo que los evangelios nos enseñan. Ni tampoco las palabras sobre la renuncia y la cruz agotan lo central en el mensaje de Jesús. Porque, si es cierto que a Jesús se le encuentra en la pasión y la muerte, no es menos verdad que a Jesús se le encuentra también en la boda donde se bebe el mejor vino (Jn 2, 1-12), en comidas y banquetes en los que el propio Jesús se deja besar y perfumar por mujeres que dan motivos para la murmuración escandalizada de los observantes (Lc 7, 36-50; Jn 12, 1-11). Lo mismo que sabemos con certeza que Jesús no quería que sus seguidores se mortificaran con las privaciones del ayuno en los días que eso estaba mandado (Mc 2, 18-22 par). Es más, en

la curiosa parábola de los dos grupos de niños que juegan en la plaza del pueblo (Mt 11, 16-19), Jesús compara a Juan Bautista con un entierro, mientras que él se identifica con el gozo y la alegría de una boda en la que la música de la flauta invita al baile. Por eso, el propio Jesús asegura que, mientras Juan Bautista ni comía ni bebía, de él se solía decir que era “un comilón y un borracho”, amigo de gentes de vida alegre (Mt 11, 19). Pero, sobre todo, aquí es importante recordar que, cuando Jesús se pone a explicar lo que es el Reino de Dios, expresa la consumación y plenitud de ese Reino precisamente con el festín de una boda regia (Mt 22, 1-14 par), en la que obviamente el gozo y la alegría tenían que ser la nota más destacada.

La consecuencia, que cabe deducir de todo esto, es clara: *deformamos a Dios y la fe en Dios siempre que en esa fe no entra la alegría como experiencia central*. En la exhortación final de la carta a los romanos, san Pablo les dice a los cristianos: “que el Dios de la esperanza colme vuestra fe de alegría y de paz, para que con la fuerza del Espíritu Santo desbordéis de esperanza” (Rom 15, 13). Sería un error limitar esta alegría y esta paz a las experiencias estrictamente religiosas que nos producen determinadas emociones “espirituales”. Eso, por supuesto, es bueno. Pero la vida humana es más grande que todo eso. Y es en todo lo ancho y largo de la vida humana donde Dios se nos hace presente en cada situación y en cada momento en que la alegría y la felicidad se hacen presentes en nuestra vida. Es más, se puede decir con seguridad que es en los mejores momentos de la vida donde más y mejor se nos acerca Dios. Porque en esos momentos es donde sentimos más propiamente a Dios, que no es un Dios de dolor y tristeza, sino de gozo y felicidad sin límites. Hay personas que confiesan que han encontrado a Dios en la enfermedad, en la tribulación, en la soledad y en la persecución, en las peores situaciones de sus vidas. Eso es admirable y nos impresiona. Pero, ¿por qué hay tan poca gente que asegura haber encontrado a Dios en la alegría y el disfrute de un día inolvidable, en uno de esos momentos en los que nos sentimos tan dichosos que no nos cambiaríamos por nadie? Sin

duda alguna, mientras la religión no resuelva esta pregunta, el problema de Dios será, para la gran mayoría de los seres humanos, un problema sin solución.

La espiritualidad de la alegría

A primera vista, hablar de “espiritualidad de la alegría” puede parecer una frivolidad. ¿No es la espiritualidad un asunto demasiado serio que merece un respeto y no se debe trivializar con proyectos que la degraden? Ya el solo hecho de que haya quien se haga esta pregunta (o alguna semejante a ésta) nos está indicando hasta qué punto la experiencia del gozo y la alegría se percibe como algo que está casi en los antípodas de lo más hondo de la vida cristiana. Los cristianos suelen estar de acuerdo en que se hable de la espiritualidad del dolor y del sufrimiento, de la espiritualidad de la cruz y de la muerte, pero ¿de la espiritualidad de la alegría? ¿No suena eso casi a falta de respeto? ¿No es eso, por lo menos, rebajar las exigencias de la vida cristiana hasta convertirla en una forma de “contentar la conciencia”, para terminar haciendo lo que nos resulta más cómodo?

Voy a decirlo con toda claridad: la “espiritualidad de la alegría” es una de las formas más exigentes y difíciles que podemos presentar en esta vida, tal como normalmente funcionamos los seres humanos. Porque, cuando hablamos de este asunto, no se trata de que uno programe su vida para vivir siempre alegre y en continua diversión. Se trata, más bien, de que uno organice su vida de manera que, en el ambiente en el que viva y entre las personas con quienes conviva, haga todo lo que esté a su alcance para que los demás se sientan bien, vivan en paz, convivan a gusto y, sobre todo, sean personas tan felices que la alegría se transparente a todas horas en sus rostros. Más aún, se trata además de que uno afronte, en serio y con todas sus consecuencias, el abrumador problema del sufrimiento en el mundo, el problema del dolor, la angustia y la tristeza inmensa en que se ven hundidos tantos seres humanos. Es un hecho que, cuando pensamos en estos temas tan sombríos, nos ponemos serios, sen-

timos alguna preocupación y a lo mejor hasta nos apuntamos a una ONG o apadrinamos un niño del Tercer Mundo. Y con eso tranquilizamos nuestra conciencia, pensando que ya hemos hecho lo que estaba a nuestro alcance. Por supuesto, todo eso es bueno. Pero nada de eso basta. Ni siquiera toca el fondo del problema. Vivir para hacer felices a los demás es mucho más duro y exigente que ser observante y cumplidor. Es también más duro y exigente que ser mortificado o incluso tener una vida intensa de piedad y oración. Vivir para conseguir que los demás se sientan más felices de haber nacido es lo mismo que renunciar a ser uno el centro. Porque es anteponer la alegría compartida a mi alegría particular. Y eso, se puede hacer alguna que otra vez. Asumir eso como proyecto de vida, he ahí lo que supone y exige la espiritualidad de la que aquí estoy hablando.

Y es que, en el fondo, todo esto supone un cambio de mentalidad tan fuerte, que a muchos ni les cabe en la cabeza. La religión se suele asociar al *deber* cumplido, pero a la *necesidad* de los demás. Y la experiencia nos dice que, por cumplir con el deber, somos capaces de amargarle la vida a más de uno, de denunciar a quien sea o, simplemente, de imponerle nuestra particular forma de ver la vida y las cosas. Por el contrario, cuando lo que está en juego es hacer felices a los demás, las cosas cambian. Y cambian tanto, que nos da miedo echar por ese camino. No cabe duda que la religión y la espiritualidad ocultan, a veces, formas de egoísmo de un refinamiento insoportable. Por el contrario, la espiritualidad de la alegría es seguramente la expresión más clara y más fuerte de lo que significa la “humanización de Dios”. Lo que pasa es que, con demasiada frecuencia, antepone-mos nuestra des-humanización a la incomprensible humanidad que se nos reveló en Jesús el Señor. En esto, si no me equivoco, radica el fondo del problema.